



SANDRA BROWN

Un largo atardecer

Lydia y Ross se dirigen a Texas en una caravana. El destino ha elegido una peculiar manera de unirlos: ella acaba de alumbrar a un niño muerto; él, padre de un recién nacido, ha perdido a su esposa en el parto. Entre los colonos rumbo al Lejano Oeste, cuya única ley es la supervivencia, la solución es obvia, de modo que Lydia se convierte primero en madre del pequeño y después, inevitablemente, en mujer de Ross. Surge entre ambos un ardiente amor, pero cuando la felicidad parece ya al alcance de sus manos, el pasado irrumpe en sus vidas y arremete brutalmente contra sus esperanzas.

1

«¿Por qué quiso Dios que morir fuera tan doloroso?», se preguntó la joven.

Se aferró el abdomen distendido cuando otra andanada de dolor recorrió la parte inferior de su torso y se propagó a los muslos. Cuando pasó, la muchacha jadeaba trabajosamente, como un animal herido que intentara reunir fuerzas para el siguiente asalto, que sabía que ocurriría dentro de pocos minutos. Sería así, sin duda, pues no creía que la dejaran morir antes de que el niño naciera.

Se entremeció convulsivamente. La lluvia era fría, cada gota un diminuto alfiler que agujijoneaba su piel, y había empapado el vestido raído y las pocas prendas interiores que había conseguido sujetar con nudos desmañados. Los harapos se pegaban a ella como un sudario húmedo, un desagradable peso que la anclaba al terreno pantanoso con tanta fuerza como aquel implacable dolor. Estaba helada hasta los huesos, pero el sudor cubría su piel tras las interminables horas de parto.

¿Cuándo había empezado? La noche anterior, poco después del ocaso. A lo largo de la noche el dolor en la parte inferior de su espalda se había intensificado y se había extendido hasta rodearle la cintura y retorcerle el útero entre sus puños encolerizados. El cielo cubierto impedía determinar la hora del día, pero supuso que sería ya media mañana.

Cuando la siguiente contracción retorció sus entrañas, se concentró en los dibujos que formaban las ramas de los árboles contra el cielo grisáceo. Los nubarrones siguieron pasando, ajenos a la mujer de apenas veinte años que yacía sola en los pantanos de Tennessee, dando a luz a un ser en el que no quería pensar como un niño, ni siquiera como un ser humano.

Apoyó la mejilla en su almohada de hojas mojadas y podridas, restos del último otoño, y dejó que sus lágrimas se mezclaran con la lluvia. Su hijo había sido concebido con vergüenza y humillación, y no merecía nacer en una situación más feliz que aquella.

—Déjame morir ya, Jesús —rogó al notar otra sacudida abdominal. Como un trueno de verano, el dolor retumbó en su interior y ganó ímpetu antes de estrellarse contra los muros de su cuerpo, al igual que el trueno parecía chocar contra las laderas de las montañas. El dolor se propagó por todo su cuerpo, como reverberaba el trueno de estribación en estribación.

La noche anterior había intentado hacer caso omiso de los dolores y había continuado caminando. Al manar el agua entre sus muslos, se había visto obligada a tenderse. No había querido parar. Cada día significaba unos cuantos kilómetros más de distancia entre ella y el cadáver, que a esas alturas ya habrían descubierto. Albergaba la esperanza de que se pudiese y jamás lo encontrasen, pero no confiaba en tener tanta suerte.

Sin duda el dolor inmisericorde que sufría en esos momentos era el castigo de Dios por alegrarse de que uno de sus seres muriera. Por eso, y por no desear la vida que había portado en su seno durante nueve meses. Pese a que era un pensamiento pecaminoso, rezó para no ver nunca la vida que luchaba con tanto encono por ser expulsada de su cuerpo. Rezó para morir antes.

La siguiente contracción fue la peor y la obligó a adoptar una posición semierguida. La noche anterior, cuando la

sangre rosada había estropeado sus pantalones, se los había quitado y tirado a un lado. En aquel instante volvió a cogerlos y se secó con ellos la cara, empapada de lluvia y sudor. Temblaba de una forma incontrolable, tanto de dolor como de miedo. Levantó el borde deshilachado del vestido y los restos de las enaguas sobre sus rodillas alzadas, bajó una mano vacilante entre sus piernas y tocó el punto.

—¡Oh! —gimió, y empezó a llorar. Estaba abierta de par en par. Con las yemas de los dedos había tocado la cabeza del bebé. Su mano se apartó, cubierta de sangre y limo. Abrió la boca, aterrorizada, pero el sonido que surgió fue un aullido agónico mientras su cuerpo se tensaba y retorció, intentando expulsar al ser que se había convertido en algo ajeno después de haberlo hospedado durante nueve meses.

Se apoyó sobre los codos para elevarse, abrió las piernas y aumentó la presión. La sangre martilleaba en sus oídos y detrás de sus ojos, que mantenía cerrados. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes; los labios dibujaban una máscara horripilante. Durante un breve interludio, inspiró y expulsó aire de sus pulmones. Después el dolor volvió. Y volvió.

Chilló y empleó sus últimas energías en un empujón final, para concentrar todo el peso de su cuerpo en aquel estrecho lugar que se desgarraba.

Y de pronto quedó libre del tormento.

Se desplomó exhausta, tragó aire y agradeció las gotas de lluvia que refrescaban su cara. No se oía el menor ruido en el espeso bosque, salvo su respiración agitada y el golpeteo insistente de la lluvia. La ausencia de sonidos era siniestra, sorprendente, extraña. El niño que acababa de nacer no había emitido ningún grito de vida, ni realizado el menor movimiento.

Desechó su anterior oración, se esforzó por incorporarse de nuevo y apartó a un lado su falda. Sonidos animales de dolor y desdicha acudieron a sus labios magullados cuando

vio al bebé, poco más que una bola de carne azufina, muerto entre sus muslos sin haber conocido la vida. El cordón que le había alimentado había sido su instrumento de muerte. Estaba arrollado alrededor de su garganta. Tenía la cara aplastada. Había realizado una zambullida suicida en el mundo. La muchacha se preguntó si habría optado por morir, sabiendo por instinto que hasta su madre lo despreciaría. Había preferido la muerte a una vida de degradación.

—Al menos, pequeño, no tuviste que padecer la vida —susurró.

Se tendió de nuevo sobre el suelo esponjoso y contempló sin verlo el cielo sollozante. Sabía que tenía fiebre y tal vez deliraba, y que las ideas sobre bebés que se suicidaban en el útero eran absurdas, pero se sentía mejor si pensaba que su niño no había deseado vivir más que ella, que había deseado morir como ella en esos momentos.

Quería pedir perdón por alegrarse de la muerte de su único hijo, pero estaba demasiado cansada. Seguro que Dios lo comprendería. Al fin y al cabo, había sido Él quien le había infligido tanto dolor. ¿No se merecía descansar un poco?

Sus ojos se cerraron para protegerse de la lluvia, que caía sobre su cara como un bálsamo consolador. No recordaba haber experimentado jamás tanta paz. Le dio la bienvenida.

Ahora ya podía morir.

—¿Crees que está muerta? —preguntó la voz algo ronca del joven.

—No sé —susurró otra voz más adulta—. Muévela.

—Muévela tú.

El muchacho alto y fuerte se arrodilló junto a la figura inmóvil que se hallaba recostada. Con cuidado, tal como le había enseñado su padre, apoyó el rifle contra el tronco del

árbol, con el cañón hacia arriba. Sus manos temblaron cuando las extendió hacia la chica.

—Estás asustado, ¿eh? —le retó el muchacho más joven.

—No, no estoy asustado —siseó el mayor. Para demostrárselo, extendió el dedo índice y lo colocó junto al labio superior de la joven, casi sin tocarla—. Respira —dijo, aliviado—. No está muerta.

—¿Qué crees...? ¡Dios Todopoderoso! ¡Bubba, sale sangre por debajo de su vestido!

Bubba saltó hacia atrás como un autómata. Su hermano Luke tenía razón. Un reguero de sangre estaba formando un charco color púrpura bajo el borde de su vestido, que apenas le cubría las rodillas. No llevaba medias, y la piel de sus zapatos estaba agrietada y pelada. Los cordones se habían abrochado después de romperse varias veces.

—¿Crees que le han disparado o algo así? Quizá deberíamos mirar...

—Lo sé, lo sé —dijo impaciente Bubba—. Cierra tu jodido pico.

—Le diré a mamá que sueltas palabrotas si...

—¡Calla! —Bubba giró en redondo y dirigió una mirada amenazadora a su hermano menor—. Yo le diré que te measte en el agua para lavarse de la vieja Watkins, después de que te riñera por hacer demasiado ruido cerca del campamento.

Luke se acobardó y Bubba volvió a fijar su atención en la chica. Con cautela, sin creer que aquella mañana hubiera tenido auténticos deseos de ir a cazar, alzó el borde del raído vestido marrón.

—Demonios —chilló.

Dejó caer la falda y se puso en pie de un salto. Por desgracia, la tela manchada no llegó a cubrir la forma sin vida que yacía entre los esbeltos muslos de la muchacha. Los dos chicos contemplaron horrorizados al bebé muerto. Luke emitió un sonido gutural.

—¿Vas a vomitar? —preguntó Bubba.

—No. —Luke tragó saliva—. No, creo —dijo, con menos seguridad.

—Ve a buscar a mamá. A papá también. Tendrá que cargarla hasta el carro. ¿Sabrás volver?

—Claro —replicó Luke, ceñudo.

—Pues muévete. Podría morir, ¿sabes?

Luke ladeó la cabeza y examinó la cara pálida de la joven.

—Es bonita. ¿Vas a tocarla más mientras yo no esté?

—¡Lárgate! —gritó Bubba, y se encaró con su hermano de forma amenazadora.

Luke se alejó ruidosamente entre los árboles, hasta que pudo lanzar un desafío sin peligro a su hermano.

—Si miras algo que no debes, lo sabré, y se lo diré a mamá.

Bubba Langston cogió una piña y la tiró contra su hermano, dos años menor que él. No llegó a su objetivo y Luke puso pies en polvorosa. Cuando se perdió de vista, Bubba se arrodilló junto a la muchacha. Se mordisqueó el labio inferior antes de volver a mirar el bebé muerto. Después, utilizando tan sólo los extremos del pulgar y el índice, levantó el borde de su falda y la movió para tapar al niño.

El sudor perlaba su frente, pero se sintió mejor cuando ya no pudo ver al pequeño.

—Señora —susurró en voz baja—. ¿Me oye, señora?

Movió un poco su hombro, atemorizado. La joven gimió y movió la cabeza de un lado a otro.

Nunca había visto un cabello como el de aquella muchacha. Aunque sembrado de ramitas y hojas, y mojado por la lluvia, era muy bonito; rizado y de aspecto salvaje. Tampoco había visto nunca aquel color. No era del todo rojo ni del todo castaño, sino de un tono intermedio.

Cogió la cantimplora, que llevaba colgada alrededor de su cuello mediante una correa de cuero, y la destapó.

—Señora, ¿quiere beber?

El muchacho se llenó de valor y acercó la boca metálica a los flácidos labios de la mujer y vertió agua sobre ellos. Su lengua lamió ávida el líquido reconfortante.

Bubba miraba fascinado cómo sus ojos se abrían desconcertados y le contemplaban vagamente. La muchacha vio a un chico de unos dieciséis años, con los ojos abiertos de par en par, que la miraba con angustia. Su cabello era tan claro que parecía casi blanco. ¿Era un ángel? ¿Estaba en el cielo? En tal caso, el cielo era tan decepcionante como la tierra. El mismo cielo, los mismos árboles, el bosque empapado por la lluvia. El mismo dolor entre sus muslos. ¡Aún no estaba muerta! «No, no, chico, lárgate. Quiero morir». Cerró los ojos de nuevo y no se enteró de nada más.

Temeroso por la vida de aquella mujer, y con una sensación de impotencia, Bubba se sentó sobre la tierra mojada, debajo del árbol. Sus ojos no abandonaron la cara de la desconocida ni un solo instante, hasta que oyó las voces de su padre y su madre, que intentaban abrirse paso entre la maleza y la abundante vegetación de principios de verano.

—¿Dónde está esa chica de la que nos ha hablado Luke, hijo? —preguntó Zeke Langston a su hijo mayor.

—Mirad. Ya os lo he dicho. Mamá, papá —dijo Luke, muy excitado—, ahí está.

—Apartaos todos y dejadme echar un vistazo a esta pobre chica. —La señora Langston empujó a los hombres con impaciencia y se acuclilló junto a la muchacha. Primero, apartó el cabello mojado que se pegaba a las mejillas pálidas—. Es bonita. Me pregunto qué demonios hace aquí sola.

—Hay un bebé, mamá.

La señora Langston miró a Bubba, después a su marido, y le hizo una seña con la cabeza para indicarle que distrajera a los chicos. Cuando se volvieron de espaldas, levantó el vestido hasta el regazo de la joven. Había visto cosas peores, pero aquello era bastante descorazonador.

—Que Dios se apiade de ella —murniuró—. Zeke, échame una mano. Chicos, volved al carro y decid a Anabeth que prepare un jergón. Encended un buen fuego y poned una olla a hervir.

Decepcionados por perderse lo más interesante de la aventura, Bubba y Luke protestaron al unísono.

—Pero mamá...

—Fuera, he dicho.

Para no incurrir en la ira de su madre, que los dos habían experimentado al otro extremo de un suavizador de navajas, se alejaron hacia la caravana, que se habían tomado el domingo libre para descansar.

—Está mal, ¿verdad? —preguntó Zeke, arrodillándose al lado de su mujer.

—Sí. Lo primero es sacar al niño. Es posible que ella muera de todos modos a causa del disgusto.

Marido y mujer ayudaron en silencio a aquella muchacha que se hallaba en un estado de inconsciencia.

—¿Qué hago con esto, Mamá? —preguntó Zeke. Había envuelto los desperdicios naturales junto con el bebé muerto en una mochila, y la había cerrado.

—Entiéralo. Dudo que la muchacha esté en condiciones de visitar la tumba durante varios días. Señala el lugar por si quiere volver a verlo.

—Pondré un canto rodado encima, para que los animales no lo desentierren —dijo Zeke con Solemnidad, y empezó a cavar una tumba poco profunda con la pequeña pala que había traído—. ¿Cómo está la chica? —preguntó cuando hubo terminado, mientras se secaba las manos con un pañuelo.

—Sigue sangrando, pero la he vendado bien. Hemos hecho todo cuanto se podía hacer aquí. ¿Podrías llevarla hasta la caravana?

—Si me ayudas a levantarla.

La muchacha volvió a la vida y protestó. Agitó los brazos débilmente cuando Zeke la alzó en brazos hasta su pecho.

Después los esbeltos miembros de la joven se desplomaron y ella volvió a perder la conciencia. Su garganta se arqueó cuando la cabeza cayó sobre el brazo de Zeke.

—Tiene un pelo extraño —comentó Zeke, sin mala intención.

—No había visto ese color antes —replicó distraída Mamá, mientras recogía las cosas que habían traído—. Será mejor que nos demos prisa en volver. Empieza a llover otra vez.

Sentía una quemazón entre sus muslos. Tenía la garganta lacerada y dolorida. Experimentaba la sensación de que ardía y le dolía todo el cuerpo. No obstante, existía cierta impresión de comodidad a su alrededor. Estaba seca y caliente. ¿Había llegado al paraíso? ¿La había abandonado el chico albino para que muriera? ¿Era por eso por lo que se sentía tan segura y en paz? Claro que en el cielo no se conocía el dolor, y sin embargo ella seguía sintiéndolo.

Abrió apenas los ojos. Un techo de lona blanco se curvaba sobre ella. Una lámpara ardía sobre una caja, cerca del catre donde estaba acostada. Estiró las piernas tanto como el dolor que sentía entre ellas se lo permitió, y se familiarizó con la blanda cama. Tenía los pies y las piernas desnudos, pero la habían vestido con un camisón blanco. Sus manos se removieron inquietas sobre su cuerpo, y se preguntó por qué se sentía tan rara. Después se dio cuenta de que su estómago estaba liso.

Una oleada de recuerdos terribles se abatió sobre ella. El miedo, el dolor, el horror de ver al bebé muerto entre sus piernas, azulado y frío. Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Bueno, bueno, no te vas a poner a llorar otra vez, ¿verdad? Llevas horas llorando, cada vez que te despiertas.

Los dedos que secaron las lágrimas de su mejilla eran grandes, ásperos y rojos a la luz suave de la lámpara, pero

su tacto en la cara era agradable, al igual que la voz, henchida de bondadosa preocupación.

—¿Te apetece un poco de caldo? Está hecho con uno de los conejos que los chicos cazaron esta mañana, antes de encontrarte.

La mujer acercó una cuchara a la muchacha, que tragó el espeso líquido para no atragantarse y descubrió que sabía bien. Tenía hambre.

—¿Dónde estoy? —preguntó, entre cucharada y cucharada.

—En nuestro carro. Soy Mamá Langston. Mis hijos te encontraron. ¿Te acuerdas de algo? Les diste un susto de muerte. —Lanzó una risita—. Luke ha contado la historia por toda la caravana. ¿Te he dicho que formamos parte de una caravana que se dirige a Tejas?

Demasiada información para asimilarla de golpe, así que la joven se concentró en engullir el caldo. Llenó su estómago de calor, aumentó la sensación de comodidad y seguridad. Hacía semanas que huía, tan atemorizada de ser perseguida que, excepto durante unos pocos días, no había buscado refugio, sino que había dormido al aire libre, comiendo los productos del verano que encontraba en el bosque.

La cara huesuda que la miraba era severa y bondadosa al mismo tiempo. Pocos ganarían una discusión a aquella mujer, pero por otra parte muy pocos encontrarían en ella un trato desconsiderado. Llevaba el escaso cabello castaño salpicado de gris ceñido con un moño en la nuca. Era una mujer grande, con un enorme busto que colgaba hasta su gruesa cintura. Vestía de calcó limpio, aunque desteñido. Finas arrugas surcaban su piel, pero las mejillas poseían un tono sonrosado propio de una muchacha. Era como si un dios duro pero benévolo hubiera considerado demasiado ruda su obra y pintado aquellas mejillas sonrosadas para suavizarla.

—¿Tienes bastante? —La muchacha asintió. La mujer apartó el cuenco de caldo—. Me gustaría saber tu nombre —dijo, y su voz se suavizó de forma perceptible, como si presintiera que el tema no iba a ser bien recibido.

—Lydia.

Cejas irregulares se arquearon en una pregunta silenciosa.

—Es muy bonito, pero ¿tendrás un apellido? ¿Quién es tu familia?

Lydialadeó la cabeza. Recreó en su mente la cara de su madre, tal como la recordaba de su infancia: bella y joven, en lugar del rostro atontado y pálido de una mujer moribunda de desesperación.

—Sólo Lydia —dijo en voz baja—. No tengo familia.

Mamá digirió aquello. Cogió la mano de la muchacha y la agitó un poco. Cuando los ojos castaño claro se volvieron hacia ella, insistió.

—Diste a luz un bebé, Lydia. ¿Dónde está tu hombre?

—Muerto.

—¡Dios mío! Lo siento.

—No. Yo me alegro de que esté muerto.

Mamá se quedó perpleja, pero prefirió no escarbar más, temerosa por el estado físico de la joven.

—¿Qué hacías en los bosques sola? ¿Adónde te dirigías?

Lydia encogió sus estrechos hombros.

—A ningún sitio. Me daba igual. Quería morir.

—¡Tonterías! Yo no te dejaré morir. Eres demasiado guapa para morir.

Mamá estiró con brusquedad la manta sobre el frágil cuerpo, para disimular la súbita emoción que experimentaba por aquella extraña muchacha, que despertaba su compasión. La tragedia estaba estampada en toda su cara, pálida y demacrada a la luz de la lámpara.

—Papá y yo enterramos a tu niño en el bosque. —Lydia cerró los ojos. Un chico. Ni siquiera se había dado cuenta

—. Si quieres, cuando te sientas con fuerza, podemos rezargarnos de la caravana unos días para que vayas a ver la tumba.

Lydia sacudió la cabeza, furiosa.

—No, no quiero verla.

Brotaron lágrimas de sus ojos.

Mamá le palmeó la mano.

—Sé lo que estás sufriendo, Lydia. He tenido siete hijos, pero he enterrado a dos. Es lo más duro que le puede ocurrir a una mujer.

«No, no lo es —pensó Lydia para sí—. Hay cosas mucho peores que una mujer puede sufrir».

—Duerme un poco más. Sospecho que cogiste un buen resfriado en el bosque. Me quedaré contigo.

Lydia contempló la cara compasiva de aquella mujer.

Aún no era capaz de sonreír, pero su mirada se suavizó.

—Gracias.

—Cuando te recuperes, tendrás mucho tiempo para darme las gracias.

—No puedo quedarme con ustedes. He de... marcharme.

—Durante un tiempo, no podrás ir a ninguna parte. Puedes quedarte con nosotros mientras nos aguantas. Hasta Tejas, si quieres.

Lydia quiso protestar. No estaba hecha para vivir con personas decentes como aquella mujer. Si averiguaban algo sobre ella, algo acerca de... Sus ojos se cerraron.

Sus manos estaban sobre ella, sobre todo su cuerpo. Abrió la boca para gritar, pero la palma de él, salada y polvorienta, se la cerró. Aferró con la otra mano el cuello de su camisa hasta que la abrió. Su mano odiosa y húmeda, que obtenía placer de infligir dolor, estrujó sus pechos. Ella hundió

los dientes en su palma y fue castigada con una bofetada que le dejó la mandíbula dolorida y los oídos zumbantes.

—No me rechaces, O le contaré lo nuestro a tu remilgada mamá. No querrás que se entere de lo que hacemos, ¿verdad? Creo que sería un golpe definitivo para ella. Estoy seguro de que se moriría si se enterara de que te estoy follando, ¿no te parece?

No, Lydia no quería que su madre se enterara, pero ¿cómo podía soportar que le volviera a hacer aquello? Él ya estaba aplastando las caderas contra sus muslos, la obligaba a abrirlos. Sus dedos la exploraban brutal, insistente, dolorosamente. Y aquel repugnante apéndice se estaba hundiendo de nuevo en su carne. Cuando le arañó la cara, él rió y trató de besarla.

—Puedo ser más rudo, si quieres —se burló.

Ella se revolvió.

—No, no —sollozó—. ¡Basta! No, no, no...

—¿Qué pasa, Lydia? Despierta. Sólo es una pesadilla.

La voz tranquilizadora llegó hasta el pozo infernal donde su sueño la había hundido y la rescató. Había vuelto a la placidez del carro de los Langston.

No era la violación de Clancey lo que la torturaba, sino el dolor resultante del nacimiento, de su hijo. ¡Oh, Dios!, ¿cómo podía seguir viviendo con el recuerdo de los abusos sexuales de Clancey? Había engendrado un hijo de su asquerosa semilla, y sentía que no merecía seguir viviendo por más tiempo.

Mamá Langston no pensaba lo mismo. Cuando la muchacha, temerosa de la pesadilla, se aferró a las mangas del gastado vestido de la señora Langston, ésta acunó la cabeza de Lydia sobre su enorme busto.

—Sólo fue un sueño —murmuró suavemente—. Tienes un poco de fiebre y eso te produce pesadillas, pero nadie va a hacerte daño mientras estés conmigo.

El terror de Lydia se disipó. Clancey estaba muerto. Ella lo había visto muerto, la sangre brotaba de su cabeza y cu-